

me acaba de presentar el Coronel Quiroga, con su fuerza, en número de 500 caballos, perfectamente moralizada, y me ha informado que el Ejército del Centro ha sido batido en la mañana de hoy por el francés y, según parece, ha tenido que hacer su retirada en diversas fracciones y por diversos rumbos, algunos de los cuales han pasado á cosa de dos leguas de aquí.

Yo, que con mis fuerzas había pernoctado las noches anteriores en las lomas, lo hice anoche en este lugar por orden expresa del General en Jefe, y ya iba en marcha para darle auxilio luego que se oyeron los fuegos del combate, cuando comenzaron á llegar los dispersos y tuve las primeras noticias del descalabro, lo que me obligó á suspender mi marcha. No sé donde se encuentra el General en Jefe á quien he mandado buscar pidiéndole instrucciones para este caso, y sin perjuicio de cumplir las órdenes que me fueren dadas, he dispuesto retirarme con las infanterías y artillería á San Bartolo, dejando al Coronel Quiroga con su fuerza en Santa Clara, y al Coronel Arce en las lomas de Ocotlán con unos 300 caballos para observar los movimientos del enemigo y con instrucciones de retirarse á Santa Clara si es amagado por fuerzas superiores ó si temiere ser cortado por ellas, y que en tal caso la oficina telegráfica de Ocotlán se retirase á San Bartolo, cuyo oficinista se ha enfermado. Heujotzingo está cubierto con fuerzas del Coronel Ramos.

Al retirarme á San Bartolo, lo hago con el principal objeto de que mi fuerza sirva de centro de reunión á todos los dispersos que hayan tomado por ese rumbo.

La Brigada de San Luis, á las órdenes del Señor General Escandón, se me ha incorporado desde ayer.—*Garza.*

“San Bartolo, Mayo 8 de 1863.—Recibido en México, á las 9 y 5 minutos de la noche.—Señor Ministro de la Guerra:

Acabo de llegar á este punto donde he creído demasiado útil el telégrafo, para comunicar á vd. violentamente lo que ocurra, y para el efecto me traje conmigo al telegrafista de Ocotlán, por hallarse el otro empleado enfermo como he dicho á vd. antes.

Trascribo á vd. el siguiente parte del General en Jefe que he recibido en el camino:

“Señor Ministro de la Guerra.—Venta del Capulín, Mayo 8 de 1863.—A las diez de la mañana.—La posición de San Lorenzo, que estaba defendida por la primera División, ha sido atacada á las cinco de la mañana de hoy, por una fuerza enemiga en número de diez á doce mil hombres. El combate se sostuvo durante hora y media, hasta que abordada y envuelta la posición por el enemigo, fué abandonada por los restos de la División que pudieron salvarse.

“La derrota de la primera División, dió por resultado, que las demás se retiraran hasta el punto, de donde las hago seguir hacia

“San Martín para volver á ocupar las posiciones convenientes, á fin de que el enemigo no corte al General Garza que se halla en Ocotlán.—*Comonfort.*”

“Puente de Texmelúcan, Mayo 11 de 1863.—Recibido en México á las 10 y 43 minutos de la mañana.

Señor Ministro de la Guerra.—El enemigo hasta ahora no ha pasado de Santo Domingo, Santa Clara y su Gran Guardia de San Bartolo. Como todavía no acabo de recibir los partes particulares de los Generales de División y Brigada respecto de la acción de San Lorenzo, por esto no he podido, por más pena que esto me causa, mandar á vd. el mío, pero creo que hoy tendré el gusto de hacerlo. Espero recibir mañana carta del Sr. Ortega, bien que la comunicación es hoy mucho más difícil que antes; luego que la tuviere, le daré conocimiento de su contenido, así como de las novedades que pueda haber en este Cuerpo de Ejército y de sus operaciones, para que vd. se sirva hacerlo al Supremo Magistrado de la República.—*Comonfort.*

San Martín, Mayo 12 de 1863.—Recibido en México á las 11 de la mañana.

Señor Ministro de la Guerra.—No hay novedad en este Cuerpo de Ejército. El enemigo se encuentra situado en Huejotzingo y Nativitas.—*Comonfort.*”

Los telegramas copiados son los mejores detalles que puedo dar de una serie de acontecimientos en que la victoria estuvo unas veces á nuestro lado hasta que por fin resolvió fincarse en el campo enemigo dando un golpe mortal á nuestras esperanzas, fundadas como era natural en el convoy que se esperaba en Puebla con verdadera ansiedad, como que ya se habían agotado nuestros víveres. Esta derrota del Ejército del Centro tenía que refluir en perjuicio de los sitiados como así sucedió.

Como nosotros estábamos encerrados en Puebla, no pudimos apreciar de vista el heroísmo con que peleó el Ejército del Centro; pero como en ese combate, aunque adverso á nuestra causa, hubo muchos hechos que rayaron en la sublimidad, como fué la actividad de Comonfort,

entre otras cosas dignas de conocerse, reproduzco del "Alcance al núm. 87 de la Victoria, 19 de Mayo de 1863, los pormenores siguientes."

"LA BATALLA DE LA CRUZ Y SAN LORENZO.—El parte oficial de este suceso, no se ha recibido aún: entre tanto se han publicado ayer las siguientes noticias, con que se confirma que el honor de las armas nacionales no se ha menoscabado en aquella jornada.

Un jefe de los que estuvieron presentes en el cerro de la Cruz, nos ha escrito, comunicándonos los siguientes pormenores, de los que resultan que los soldados del Ejército del Centro, se han batido con un heroísmo digno de los más grandes elogios contra fuerzas muy superiores en número, bien atrincheradas y en posiciones ventajosas. Han tenido que retirarse nuestros valientes, pero no sin probar al enemigo que los soldados mexicanos se baten en todo lugar con mucho valor. Esta retirada ha sido de esas que intimidan al contrario, y que lo obligan á permanecer quieto sin intentar nada, porque sabe que los que se van, podrían volver formidables.

En esta jornada, aunque no tan feliz como nuestro corazón deseara, ha habido rasgos notabilísimos de valor. El Sr. General Comonfort estuvo en todos los lugares del mayor peligro, y su caballo sacó cinco heridas.

A la hora en que el jefe nos comunica los apuntes que publicamos, se había reunido ya un número harto considerable de los dispersos. La pérdida en hombres ha sido, pues, menor de lo que al principio se creyó.

Los sucesos que acaban de tener lugar, lejos de infundir desmayo, deben aumentar nuestro entusiasmo: está probado que nuestros soldados en campo raso se baten bien; no hay, pues, mas que aumentar los elementos de defensa, reforzar el Ejército del Centro, al cual está encomendada la grave misión de contener en cierto límite al enemigo, y proseguir con fe una lucha en la cual la victoria de nuestra causa es segura.

Entre tanto se recibe y publica el parte oficial de los sucesos á que nos referimos, los siguientes apuntes serán vistos con interés por el público.

El Ejército del Centro, situado en el cerro de San Lorenzo, y el Ejército francés, retrincherado en el de la Cruz, llevaban tres días de hallarse frente á frente en la actitud más hostil, sin que hubiese mediado entre ambos más encuentro serio que el del día 6, en que algunos cuerpos de la primera División y la caballería del General Rivera, se apoderaron á viva fuerza de la línea avanzada que tenía el enemigo en Barranca Honda, que divide las faldas de los dos cerros mencionados, lucíéndose mucho en este combate el batallón 10 de Nuevo León y Coahuila, que cargó sobre los zuavos á la bayoneta, y el General Rivera, que fué herido.

El General Comonfort trabajaba entre tanto día y noche para activar las obras de zapa, que debían permitirle apoderarse de la parte de la Barranca situada á la derecha del enemigo, con el objeto de poder en seguida dar el asalto al cerro de la Cruz, tomándolo por su flanco derecho.

Los franceses, en vista de estos trabajos y de los repetidos reconocimientos que practicaba el General en Jefe de las fuerzas mexicanas, comprendieron la necesidad de evitar á todo trance que siguieran éstos; no querían perder la posibilidad de tomar la iniciativa sobre nuestras fuerzas. Decidióse, pues, á atacarnos el día 8, después de haber reforzado con otros cuatro ó cinco mil hombres más el Cuerpo de Ejército ya respetable que había reunido en el cerro de la Cruz.

Así lo efectuaron al romper el alba: doce mil hombres formados en cinco columnas paralelas emprendieron el ataque del cerro de San Lorenzo, ocupado por la primera División de infantería, que constaba de unos dos mil ochocientos hombres y ocho piezas de artillería al mando del General Echeagaray. Dos fuertes empujes hizo el enemigo para escalar nuestra posición, y dos veces fué rechazado por nuestras fuerzas y el fuego certero de nuestra artillería.

Mas emprendió un tercer ataque con mayor brío, ayudado por sus fuegos de artillería, hasta alcanzar la altura en donde se hallaba nuestra pequeñísima fuerza. En estos momentos solemnes los soldados de la República se mostraron digna de ella y del título de hombres libres que se nos quiere arrebatarse: acosados por fuerzas cuádruples, tanto por su frente como por su flanco izquierdo, se lanzaron á la bayoneta sobre el enemigo, y trabaron ahí un combate heroico, pero tan desigual, que el número tuvo que triunfar del valor. El primer Batallón Rifleros de Nuevo León y Coahuila que cargó con 300 hombres, volvió con 22 y su bandera. Los bizarros Coroneles Legorreta, del 20 Batallón de San Luis Potosí, y Montenegro, del 50 Batallón de Jalisco, cayeron como héroes á la cabeza de sus soldados. Otros Jefes y oficiales fueron igualmente víctimas de su arrojo y patriotismo, y el Jefe de la Artillería, Comandante Guerra, viendo perdidas sus piezas, abrazado de una de ellas y con la espada desembainada, esperó en tal actitud la muerte.

Posesionado del cerro de San Lorenzo el enemigo colocó ahí mismo su artillería, y empezó á hacer sobre los restos de la primera División un fuego tan vivo, que le fué preciso á ésta retirarse de pie firme al principio; pero al llegar á un río fué en cierto desorden, que comunicó á los Cuerpos de la segunda División, que desfilaba á la sazón para la otra ribera de dicho río. En estos momentos era inminente una catástrofe. Mas la Providencia vela por las armas de la República y la santa causa que defiende.

El General Comonfort, que acababa de ser envuelto por unos zuavos avanzados, cuyos tiros hirieron en cinco partes á su caballo, apareció repentinamente en medio de los soldados que se desordenaban, y á su aspecto severo y marcial, así como la reciente prueba

de su bien conocido valor que manifestó en este caso, montado aún en su caballo chorreando sangre por todos lados, infundió á la tropa un sentimiento de respeto hacia su General en Jefe, y deseo de imitar su ejemplo.

Los Señores Generales Yañez, Moreno, O'Horán, Echegaray y Cuellar, prorrumpieron en el acto en vivas al General en Jefe; la tropa siguió aclamándolo, y hubo un momento en que el entusiasmo llegó á su colmo. Este momento el General Comonfort lo aprovechó para aclamar á la patria, á la independencia y á nuestra gloriosa bandera nacional: recorriendo las filas, animando á las tropas, logró hacerlas formar de nuevo cerca de la Venta del Capulín; movimiento que le facilitó la presencia de la tercera División, que como reserva había sido conservada íntegra.

Presentóse, pues, una segunda línea de batalla, cuyo aspecto contuvo al enemigo, lográndose reorganizar y alentar de nuevo, de una manera verdaderamente milagrosa, un Ejército que había sufrido mucho y se retiraba en confusión, notándose que el enemigo contenía su impulso, y reconocía que nuestra retirada era de fuerzas bien ordenadas y disciplinadas. El General en Jefe hizo formar en columna de marcha su infantería, y se dirigió hacia Tlaxcala, esperando que si el enemigo lo seguía, podría librarle una segunda batalla en la ventajosa posición del cerro Blanco.

Mas antes de separarse del campo, y cuando ya su Cuerpo de Ejército caminaba salvo rumbo á Tlaxcala, el General Comonfort se sintió movido de esos ímpetus que ya son conocidos de sus compañeros de armas, y quiso lanzarse á la cabeza de cuatrocientos caballos sobre el enemigo; más cambió de parecer, y sólo con su Estado Mayor se decidió á precipitarse sobre los franceses, buscando una muerte segura.

En este momento los Generales todos que advirtieron este movimiento, se precipitaron á su encuentro y le cortaron el paso; mas como ni aun así podían contener al General Comonfort, el General O'Horán empuñó la rienda del caballo que montaba aquel, tomólo por el brazo izquierdo el General Echegaray, y por el derecho el Coronel Cañedo, obligándolo por la fuerza á alejarse de un punto que estaba ya ocupando el enemigo.

El Sr. Comonfort fué así arrancado del campo de batalla, derramando lágrimas que á todos conmovieron hasta lo más hondo del corazón, y se dirigió á Tlaxcala para de allí despachar á su Cuerpo de Ejército á San Martín.

A este punto llegó efectivamente á las seis de la tarde, después de haber conservado á la República un Ejército de suma importancia para ella en las actuales circunstancias, y habiendo dejado salva la honra nacional por medio de la defensa heroica del cerro de San Lorenzo, y por medio también de una de esas retiradas que suelen valer por sus consecuencias, tanto como la victoria. El Sr. Echegaray salió herido, aunque levemente, de una pierna."

Como se ve claramente por la relación que antecede, la derrota sufrida por el Ejército del Centro fué de aquellas que no causan vergüenza al valiente General que mandó la acción: la superioridad numérica por fuerza tenía que vencer al puñado de campeones decididos que desafiaron á la muerte con arrojo y con entusiasmo.

La conducta del Comandante Guerra fué sublime; la del General Comonfort nada dejó que desear.

En esa acción pelearon también como héroes los Coroneles Antonio Aldama y Celis y Francisco Mejía, patriota que había ya sufrido mucho en la guerra contra los americanos.

Francisco Mejía es también una de esas figuras simpáticas que empuñan la espada cuando la Patria está en peligro, abandonando los trabajos de Gabinete en que tantas veces ha servido al partido liberal: es uno de esos guerreros sin ambición y sin pretensiones que nunca ha hecho alarde de sus merecimientos como militar; es un patriota humilde que sólo viste el uniforme cuando la República está amagada.

La Patria le debe importantes servicios.

Como este rudo golpe á nuestra causa no debía ocultarse á nuestro país, el Ministro de la Guerra, apreciando como era debido las penosas consecuencias de este desgraciado suceso, expidió con fecha 10 de Marzo la siguiente circular:

*"Ministerio de Guerra y Marina.—Sección 1ª—Circular.—*Los partes que ha recibido el Supremo Gobierno y que van adjuntos á esta comunicación, impondrán á vd. que han sido frustradas las operaciones que el Ejército del Centro trataba de llevar á efecto para prestar un eficaz auxilio á los valientes defensores de la heroica Zaragoza.

En la mañana de antes de ayer ha sido atacada la primera División de aquel Ejército, y después de un reñido combate sostenido con valor y dignidad, tuvo que ceder á la superioridad del número, retirándose el resto con la segunda y tercera División hasta el pueblo de San Martín.

El Gobierno ha oído los informes verbales que sobre esta desgraciada jornada le ha hecho el Ciudadano Coronel Estanislao Cañedo, jefe del Estado Mayor del Ciudadano General Ignacio Comonfort, y según ellos, nuestra pérdida ha consistido en cosa de 1,800 hombres entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos, en 8 piezas de artillería y cerca de 200 mulas cargadas con víveres, que por la torpeza, mala fe ó cobardía de los arrieros, quedaron abandonadas ó extraviadas.

Sensible es en verdad este suceso por la muerte de muchos bravos servidores de la Patria, y por haberse frustrado el apoyo directo y eficaz que se iba á prestar al Ejército de Oriente, pero no ciertamente irreparable ni de más trascendencia que la de ponernos en obligación de esforzar nuestros trabajos para aprestar nuevos elementos de defensa, para continuar con energía y constancia la injusta guerra á que se nos ha provocado.

Alentado el Ejército invasor con el triunfo que ha obtenido, comenzó desde ayer á emprender su avance sobre nuestras antiguas posiciones, por cuyo motivo el General en Jefe del Ejército del Centro ha tenido por conveniente replegar sus fuerzas hasta el puente de Texmelucan, en donde se propone resistir en caso de que aquel avance continuare.

De todas maneras, vd. comprenderá lo urgente que es dar su más exacto cumplimiento á las diversas circulares que se han dirigido á los Gobernadores de los Estados, repetidas últimamente por la de 23 del mes anterior, relativas á que se remitan los reemplazos suficientes para completar el contingente de los mismos Estados; y ahora me ordena además el Ciudadano Presidente prevenga á vd., como tengo el honor de hacerlo, que ponga en marcha á la mayor brevedad posible, las fuerzas que tuviere organizadas, dejando únicamente las muy precisas para la conservación de la tranquilidad en los pueblos de su mando, y sin perjuicio de activar el levantamiento y arreglo de otras, que igualmente vendrán después á tomar parte en la campaña, para lo que no omitirá vd. diligencia ni sacrificio alguno, como lo demanda de su patriotismo el buen servicio público y la cooperación que todos debemos prestar para el triunfo de nuestra grandiosa causa.

Así demostraremos que el descalabro sufrido enciende más el espíritu público y que jamás el invasor llegará á conquistar los votos de un pueblo que odia su inícuca intervención, y peleará siempre hasta quedar con su independencia propia y su soberanía.

Libertad y Reforma. México, Mayo 10 de 1863.—*Blanco.*

Aprovechando una oportunidad cualquiera, como por ejemplo la devolución de algunos prisioneros que se debían á la Guarnición de Puebla, en virtud del cange que antes se había pactado, el General Forey quiso dar á los

sitiados la noticia de su triunfo en San Lorenzo. En ese documento está condensada por decirlo así, la mala intención del General francés, quien pretendía sembrar la desesperación en todos los corazones. Lo supongo lleno de gozo al escribir la siguiente carta:

“Cuerpo expedicionario de México.—Gabinete del General en Jefe.—Número 2114.—En el campo delante de Puebla, á 9 de Mayo de 1863.—Señor General en Jefe.—La fortuna de las armas nos ha concedido ayer un triunfo importante sobre las tropas del Señor General Comonfort, dejando en nuestro poder un millar de prisioneros entre los cuales se encuentran 56 oficiales de todos grados. Me apresuro á remitiros los siete prisioneros que os debía, y los mando por la parte en que se presentó ayer el parlamentario que me trajo el pliego de V. E. Habéis elegido este punto, que supongo que os conviene más que cualquier otro, y mientras no me indiquéis lo contrario, por él será por el que tendrán lugar nuestras comunicaciones cuando sea necesario.

“Con el fin de que V. E. no sea engañado, (sobre el resultado del combate que tuvo lugar ayer en San Lorenzo,) por los diarios de vuestro país que disfrazan la verdad de la manera más escandalosa, tengo el honor de informaros, que independientemente de los mil prisioneros que hemos hecho, han sido muertos ó heridos otros mil.

“Han caído también en nuestro poder ocho piezas de artillería, de las cuales cinco son rayadas, tres banderas, once banderolas de guías, veinte carros cargados, cuatrocientas mulas, carneros y armas. El enemigo ha sido perseguido por larga distancia y derrotado completamente por la caballería.

“Tal es la verdad exacta del hecho de armas que no os refiero, sino porque tengo la esperanza de que contribuirá á abrir los ojos á los ciegos que se niegan á creer las leales intenciones de la Francia, que no quiere más que concurrir con los hombres sensatos de México á establecer el orden con la libertad en este desgraciado país, que arruina y desola la guerra civil. ¡Quiera el cielo, para el porvenir de México, que mis esperanzas no salgan fallidas!

“Recibid, Señor General en Jefe, las seguridades de mi alta consideración. El General de División, Senador y General en Jefe del Cuerpo expedicionario de México.—*Forey.*—A. S. E. el General Ortega, en Jefe del Ejército de Oriente.—Puebla.”

El General Ortega dió la siguiente oportuna y bien meditada respuesta.

“Cuerpo de Ejército de Oriente.—General en Jefe.—Zaragoza, Mayo 13 de 1863.—Señor General en Jefe: Tengo la honra de acu-

sar recibo á V. E. de su comunicación de 9 del corriente, con la que me fueron entregados los siete prisioneros que faltaban para el completo del cange, verificado en virtud de la convención del día 4 de este mes, y además quince soldados heridos que pertenecen al Ejército que mando, y que ya se hallaban en estado de convalescencia.

Doy á V. E. las gracias por el aviso que se sirvió darme relativo al combate que tuvo lugar en San Lorenzo el día 8 del corriente, y en el que la fortuna fué adversa á las armas de mi patria.

“Buenas y laudables, Señor General, serán las intenciones de V. E. y de la Francia respecto de México; pero á mi vez yo también me permito decir á V. E., consultando solo de una manera fría y glacial la verdad, y haciendo á un lado las afecciones, los sentimientos y el amor propio que tengo como mexicano, que la nación toda, en cuyo suelo nació, pasará por todo, *absolutamente por todo*, y sostendrá la guerra de una manera indefinida, ya sea de un modo regular ó irregular, menos por perder su independencia ó manchar su honor, y esto último es nada menos lo que importa el que México admitiera la intervención extranjera en los negocios de su política interior.

Veo en la comunicación de V. E. un lenguaje franco, y por lo mismo, usando yo del propio idioma, tengo la honra de manifestarle, manifestación que verá V. E. cumplida en un tiempo no lejano, que toda la sangre francesa y mexicana que se ha derramado y siga derramándose en lo sucesivo, *será infructuosa* al objeto que se ha propuesto conseguir la Francia, pues sea cual fuere el poder de esa grande y culta nación, *no es tanto que pueda sobreponerse* á la opinión de un pueblo que ha protestado con su sangre ser independiente y libre.

Sírvase V. E., Señor General en Jefe, admitir las protestas de mi más alta consideración.—El General en Jefe del Ejército mexicano de Oriente.—*Ortega*.—A S. E. el Sr. General Forey, en Jefe del Ejército expedicionario en México.”

Entre tanto la situación en Puebla era cada hora más apremiante. A la puerta de cualquiera panadería y expuesto al fuego del enemigo, se aglomeraba el pueblo deseando cada habitante ser el primero en surtirse de aquel elemento indispensable para la vida; lo mismo pasaba frente á las carnicerías y lo mismo exactamente en las tiendas de abarrotes: después de mil fatigas y sufrimientos consiguientes á aquella especie de pronunciamientos en que cada habitante librara una acción para hacerse de comestibles á precio exajerado, el pobre pue-

blo se retiraba á lamentar en el santuario del hogar sus penas y sus dolores, porque su patriotismo no le permitió elevar una queja acompañada de manifestaciones hostiles, que hubieran hecho aún más comprometida la situación del Ejército.

Muchas familias de las clases media y pobre, resolvieron abandonar una población donde había tantos dolores que sufrir y tantas desgracias que lamentar, y al efecto organizaron una gran caravana para salir por la arquería del Carmen; pero el enemigo rompió sobre ellas sus fuegos, y aquellas víctimas se replegaron al centro de la ciudad: creyendo que por el punto que habían elegido salir, el invasor las confundía con el Ejército sitiado, cambiaron de ruta y tomaron con franqueza la llanura.

Elevando con una mano aquellas infelices gentes un pañuelo blanco á guisa de bandera y con la otra á sus pequeños hijos para causar conmiseración, abordaron el camino entre 3 y 4 de la tarde del día 12 de Mayo; pero el *humanitario* Ejército invasor que obedecía al plan preconcebido de hacer cada vez más violenta la situación de la plaza sitiada, con la frialdad y el indiferentismo del crimen volvió á romper sus fuegos sobre aquella peregrinación que hubiera sido respetada por corazones menos encenegados en el sentimiento odioso de la venganza..... Aquellas familias regresaron á la plaza llorando, sí; pero maldiciendo al verdugo.

Hasta el día 13 volvió á resonar el cañón del enemigo dirigiéndose en su puntería contra nuestras fortalezas como anunciando un ataque, y el General Patoni pidió entonces permiso al Cuartel general para salvar nuestras trincheras y lanzar un desafío á muerte á los sitiadores en sus mismas posiciones.

A cada Estado le tocó en la defensa de la plaza una parte de gloria imperecedera alcanzada por sus hijos. Ya